

LA DISCUSION

DIARIO DEMOCRÁTICO.

REFORMAS ADMINISTRATIVAS Y ECONÓMICAS.

Inmediata reforma de las leyes hipotecarias para la creación de Bancos de crédito territorial y agrícola.—Desamortización de todo lo amortizado.—Desamortización de todo lo no amortizado.—Supresión de los consumos y del papel sellado.—Contribución única directa.—Conversión de toda la deuda del Estado a una sola clase.—Reforma liberal de los aranceles, con relación, sobre todo, a las clases pobres.—Reducción de los gastos improductivos, y aumento de los reproductivos, especialmente respecto de las obras públicas que sean de cuenta del Estado.—Abolición de las quintas y matrículas de mar.—Enseñanza primaria universal y gratuita.—Establecimiento de escuelas profesionales.—Reforma de las cárceles, extinción de los presidios y planteamiento del sistema penal penitenciario.

LIBERTADES Y DERECHOS INDIVIDUALES.

Sufragio universal.—Libertad completa de la prensa, sin depósito, editor, ni penalidad especial.—Seguridad individual, garantizada por el *Habeas corpus*.—Absoluta inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Derecho de reunión y de asociación pacíficas.—Libertad de industria, de trabajo y de tráfico.—Libertad de crédito.—Enseñanza libre.—Unidad de legislación y de fuero.—Abolición de la pena de muerte.

ORGANIZACION DEL ESTADO E INSTITUCIONES POLITICAS.

Una Cámara.—Elecciones independientes del gobierno.—Milicia Nacional.—Inamovilidad judicial.—Jurado para toda clase de delitos.—Justicia criminal gratuita.—Descentralización administrativa.—Independencia de la Iglesia.—Participación de las colonias en la representación nacional.

El programa político, económico y administrativo de la democracia, con que encabezamos nuestro periódico, fué denunciado el 23 de Enero de 1859, y absuelto el 7 de Marzo del mismo año. Nuevamente denunciado el 16 de Julio de 1861, fué otra vez absuelto el 8 de Agosto del mismo año.

ADVERTENCIA.

Ayer, de orden de los señores directores de EL PUEBLO y de LA DISCUSION, se entregó al comisionado, al efecto la cantidad de 1,633 reales vellón, producto de la suscripción abierta en favor de los siete individuos procedentes del presidio de Santoña, y que por su enfermedad no se habían reunido a sus demás compañeros de Loja, que hace pocos días estuvieron de paso en esta capital. Tan luego como podamos disponer del espacio suficiente, publicaremos la lista de los que tan generosamente han contribuido al socorro de nuestros desgraciados amigos y correligionarios, á quienes de todo corazón deseamos próspero viaje.

OTRA.

Por causas ajenas á nuestra voluntad no hemos continuado el folletín durante gran parte del verano. Desde hoy podemos asegurar que lo publicaremos sin interrupción hasta la conclusion de la novela.

LA DISCUSION.

MADRID MIÉRCOLES 24 DE SEPTIEMBRE DE 1862.

No ya en este siglo, pero ni aun en todo el pasado se han ofrecido tantas ocasiones á España para engrandecer su influencia en el mundo, como en los tres ó cuatro años que acaban de pasar.

La Union liberal ha tenido la fortuna de mandar en España durante este periodo. ¿Qué ha hecho la Union liberal de tan gran fortuna?

Lo que sobre todo resalta en la conducta seguida por el ministerio es una triste y lamentable carencia de criterio y hasta de fin en todas las cuestiones esteriore; carencia que ha hecho desperdiciar las admirables ocasiones con que nos ha brindado la fortuna para engrandecernos sirviendo á la causa de la civilización.

Tres grandes cuestiones, tres cuestiones inmensas para España se han presentado á la so-

lución del gobierno: la de Italia, la de Africa y la de Méjico.

En las tres hemos visto el mismo sistema de conducta.

La cuestión de Italia, aun cuando inmediata y especialmente no nos importaba, al parecer, tanto como las otras dos, era á nuestro juicio de mucha más importancia para nosotros, y el porvenir dirá si nos equivocamos.

Pues bien: hé aquí lo que ha hecho en ella la Union liberal.

Primero, vacilaciones sin número al estallar la guerra. El ministerio no tenía al principio opinión alguna, porque la cuestión, prevista por todos los hombres medianamente pensadores de Europa, vino para él de improviso. Después, cuando su opinión se fué formando con arreglo á puntos de vista que ni él ha sabido explicar ni ha comprendido nadie todavía, se fué declarando anti-italiano. Intercedió por la suerte del duque de Parma, como si dependiera de la voluntad de alguien la suerte de aquel duque, y después protestó contra la voluntad de los pueblos y contra la fuerza de los sucesos que hicieron de Parma una provincia italiana en vez de un feudo austriaco. Negóse á reconocer, no ya la anexión de los ducados y las Romanas, sino hasta las consecuencias que hubiera podido tener la paz de Villafranca, ajustada por el Austria misma. Cayó luego Francisco II de Nápoles á impulsos del movimiento italiano y liberal, y protestó de nuevo haciendo suya la protesta del destronado rey; forma ridícula de protesta que nos valió la risa de toda Europa.

Arrojó el Piemonte de las legaciones á los aventureros de la teocracia, y no atreviéndose á otra cosa, retiró su embajador de Turin, como queriendo cortar relaciones con la Italia moderna. Hizo gestiones para que se reuniera otra Santa Alianza, y después para asegurar la integridad de los Estados Pontificios, y con ella la existencia del poder temporal, recibiendo en respuesta á todas sus gestiones desprecios y desengaños.

¿Qué criterio ha guiado al gobierno español? Si ha tenido alguno, no se ha atrevido á decirlo. ¿Qué fin se ha propuesto alcanzar? Ignoramos si se ha propuesto alguno: lo que sabemos es, que el resultado que llegaría á dar su conducta es contrario al principio en que se funda él mismo.

La cuestión de Africa vino á decir al mundo que la civilización tenía mucho que hacer fuera de Europa. La actitud de España fué de lo más honroso y digno que conoce la historia; fué una revelación magnífica que sorprendió á todas las naciones. Para la civilización, significaba que su obra no estaba interrumpida, y que su tarea en Africa tenía un digno y suficiente campeón: para Europa quería decir, que tenía en sí misma una fuerza desconocida y olvidada, un elemento poderoso con el cual podía y debía contar en adelante: para Marruecos, era la voz irresistible de la necesidad que le mandaba prepararse para entrar poco á poco en la civilización, ó para cavar su panteón y su sepulcro.

No queremos juzgar la manera con que ha resuelto la cuestión el gobierno de España. Podrá discutirse si ha conseguido mucho ó si ha conseguido poco; podrá dudarse de si los resultados son proporcionados á los sacrificios. De cualquier modo, es indudable que España ha ganado inmensamente, porque ha demostrado

que vivía con vida poderosa. Pero ¿quién nos ha traído una humillación en este mismo triunfo? La abdicación de nuestra libertad en las notas á Inglaterra, nos ha quitado la inmensa reputación que nos dió en el mundo el entusiasmo nacional, porque nos redujo al rango de elemento secundario, y sujetó, no á la colectividad de los pueblos civilizados, sino á cualquiera de los elementos de primer orden que constituyen el cuadro de la civilización.

En cuanto á la cuestión de Méjico, la falta es aún más grave. Es tan grave, que si la cuestión tuviera en sí misma la importancia que la de Italia, podríamos renunciar para siempre á nuestras esperanzas de vida, y resignarnos tristemente á una muerte oscura y silenciosa, porque la enfermedad no tendría entonces remedio.

¿Cuánta improvisación, cuánta duda, cuánta pequeñez! ¿Qué falta tan absoluta de miras antes y ahora!

Tratado de Londres que para nada necesitábamos, y ya de por sí nos humillaba: humillación después con la ruptura del tratado.

Pero no hablemos de esto.

Inmensa gloria ha podido conseguir el gabinete de la Union liberal, porque la fortuna ha sido con él pródiga en favores. Su trabajo era bien fácil: reducirse á ser liberal y español. Pero lo que la fortuna le ha dado lo ha perdido él mismo.

No llegará un tiempo en que el gobierno español oiga la voz de España?

El Pensamiento continúa hablando contra los restos vivos del error, contra los catedráticos. No nos parece mal el oficio, y creemos que, dados sus antecedentes, dados sus compromisos, dado el papel que representa, no puede, no debe hacer otra cosa. Bueno fuese que hablase en favor de la ciencia económica, que ha proclamado la libertad del trabajo, el órgano de la servidumbre del trabajo! Bueno fuera que hablase en favor de la filosofía, que ha proclamado la libertad de pensar, el órgano del escolasticismo! Bueno fuera que hablara en favor de la ciencia histórica moderna, que enseña la idea del progreso, el órgano de todas las reacciones juntas, de todos los retrocesos, del artístico, del científico, del político, del económico! El Pensamiento hace su oficio. La ley de contradicción es la ley de la naturaleza y del espíritu. Sombras y luz, mal y bien; y al lado de la libertad del espíritu el fatalismo de la naturaleza, eterna antítesis que Dios convierte en armonías. Si los redactores de El Pensamiento no representaran el mal, las tinieblas, la negación, lo representarían otros; nunca ha faltado la contradicción al progreso. Si quiere triunfar, triunfe en buen hora; haga que todos los catedráticos de la facultad de filosofía y letras bajen de sus cátedras, que han ganado con arreglo á las leyes en público concurso; dé ese golpe de estado á la ciencia. ¿Qué ganaría con eso? Si con los tormentos, con las hogueras, nada pudisteis contra la filosofía, contra la libertad, ¿qué habíais de poder ahora porque, al tener un día de poder, quitarais sus cátedras á los catedráticos que abomináis? Seguid, seguid abominándolos, en la seguridad de que su título de gloria, el más augusto que dejarán á sus hijos, será el recuerdo de vuestros odios. No creáis que por amenazas, por dictorios, dejarán de cumplir con el

deber que les dicta la conciencia, y de compadeceros y esperar en Dios que habreis algun día de abrir los ojos á la luz de la razón.

Indudablemente se prepara una gran crisis así: que se abra la próxima legislatura, crisis en que puede peligrar la vida del ministerio. Es indudable que una reunión de notables de la Union liberal ha decidido hacer una guerra implacable al gobierno en la cuestión de Méjico así que se abran las Cortes. En esta reunión entran Mon, Rios Rosas, Armero, los Conchas, Serrano y otros hombres no menos importantes de la Union liberal. Estamos seguros de que los periódicos ministeriales desmentirán esta noticia; pero también estamos seguros de que es cierta, indudable. El ministerio morirá á manos de sus amigos. Esto se une á ciertas dimisiones de todos conocidas, á la conducta reservada que con el ministerio observan algunos diarios tenidos hasta aquí por ministeriales ardientes. La posición del gobierno va á ser indudablemente muy comprometida. No está ahora, no ha estado nunca conforme con el general Prim. Y va á caer, ó va á verse abandonado de los suyos, por causa del general Prim, que según el sentir íntimo del gobierno, dió una mala solución á los asuntos de Méjico. Esperamos con anhelo mayores noticias, que daremos, reservándonos para otro día los importantes comentarios que están pidiendo á gritos todos estos hechos.

Los juicios del partido reaccionario sobre Victor Manuel son nuestras delicias. Hace pocos días que El Diario español ponía al rey de Italia en las nubes porque había emprendido la cruzada contra Garibaldi. En su sentir, los conservadores todos debían agruparse alrededor de ese gran trono y salvarlo de la tormenta. Convertido al piemontismo, abogaba con gran empeño por la causa del rey espoliador de la Santa Sede, del rey hechura del sufragio universal. Pero cambian las circunstancias; el rey pide Roma, pide la capital de Italia, y en el momento mismo El Diario español empieza á maldecirlo y execrarlo. ¿Se ve en esto alguna vislumbre de criterio? No. Se ve que los diarios reaccionarios se han forjado muchas ilusiones sobre la reacción en Italia. Dura, cruel, la reacción no hará lo que resta por hacer; pero tampoco deshará lo hecho. Y uno de los hechos más notables de la revolución italiana es lo universal de la creencia de que el reino de Italia tiene su cabeza, el centro de su vida, en Roma. Mientras Roma no sea de Italia, la gran península aparecerá como dividida en dos mitades, como fraccionada, como condenada á ese federalismo de reyes, Papas, duques, emperadores, que sería la perdición de Italia. Y como los italianos quieren patria, quieren la unidad nacional. Y como la unidad nacional no es posible sin Roma, los italianos tendrán á Roma. Tal vez no lo haga Victor Manuel, porque en Aspromonte se ha cortado las manos; pero lo hará la revolución, lo hará la democracia.

La Regeneracion, que suele pasar ocho días sin hacer mención de lo que replicamos á sus supuestas flaquezas democráticas, no ha tenido paciencia esta vez, y ayer por la tarde alude en los siguientes términos á lo que ayer la decimos:

«Daríamos, no sabemos qué, todo cuanto quiera La Discusion, si ese periódico tuviese la bondad de citarnos una, nada más que una de las retractaciones vergonzosas hechas por La Regeneracion, y determinase también cuándo en ninguna ocasión, absolutamente en ninguna, La Regeneracion ha guardado silencio respecto á afirmaciones de que debería retractarse.

«Este ruego supone por de pronto que La Regeneracion está decidida á que no se la injurie sin que al menos procure demostrar que las injurias, haciendo de fundamento, son en quien las emplea el arma á que se recurre por falta de otras más nobles y de mejor ley.»

La Regeneracion siempre está en el mismo caso: no y no sabe lo que daría, y antes no ha sabido lo que se decía. ¿Quiere saber el colega una siquiera de las retractaciones vergonzosas hechas por él? Pues hasta para eso nos necesita. De balde le hemos citado una y muchas al hacernos cargo de su artículo del lunes 8. En su contestación hizo el colega las retractaciones vergonzosas á que aludimos, y si no le parecen tales, es porque no sabe distinguir. Por eso dijo primero que ciertas palabras nuestras no las usaba ninguna persona regular, y cuando supo, porque se lo dijimos nosotros, que el arzobispo Claret las usaba, en vez de retractarse decorosamente, se calló.

Nosotros no hemos injuriado á La Regeneracion; pero este periódico, que dice estar decidido á que no se le injurie, no tiene más remedio que callar vergonzosamente cuando le echamos en cara su doblez y sus notorias falsedades. Armas de buena ley han sido siempre las nuestras: pruebe, si no, lo contrario el periódico no.

«Han sido siempre nobles las armas de La Regeneracion? No. Las suposiciones que ha hecho sobre La Discusion, fingiendo que azuzábamos á los pobres contra los ricos, y emitiendo en su edición de Madrid opiniones contrarias á las que estampaba en su edición de provincias, ¿son armas nobles? No.

La Regeneracion podrá divertirse cuanto quiera á costa de sus suscritores; pero ya sabe que á costa nuestra no, ni ahora ni nunca. Podrá ser que alguna vez le hayan dicho algo injurioso; pero lo malo es que cuando nosotros le hemos dicho es verdad.

Riase, riase los lunes, que después de los lunes vienen los martes.

No es cierto que el Sr. Galvez Cañero haya presentado dimision alguna, como varios colegas han indicado últimamente al referirse á la renuncia de la direccion de Ultramar por el señor Ulloa. Fuera de la sendadura á que fué elevado hace tres años, el Sr. Galvez Cañero no ha ejercido cargo alguno desde que en octubre de 1856 renunció el que á la sazón desempeñaba.

Dicen de Paris que en uno de los consejos de ministros celebrados últimamente se discutió acerca de la cuestión romana, y diez de los trece ministros con ó sin cartera que asistieron á él, opinaron contra el mantenimiento del statu quo.

Mr. Persigny, viendo que el gobierno no tomaba un partido decisivo respecto á la cuestión de Roma, había presentado su dimision. El emperador no habia querido aceptarla, manifestando á su fiel ministro que tuviese paciencia todavía por algun tiempo.

FOLLETIN.

126

LA SEÑORITA DE ARMESTAD,

NOVELA ORIGINAL

DE

D. Juan de Dios de Mora.

TOMO III.

CAPITULO PRIMERO.

Desde por último el lector penetra en la misteriosa quinta del cuáquero.

El principe de Armestad se preciaba de muy diestro en la esgrima, y por lo tanto creyó al principio que le sería muy fácil triunfar de su adversario.

Muy pronto conoció que se había equivocado de medio á medio, como se suele decir, supuesto que el anciano tenía unos puños de acero y una destreza admirable.

Hubo en aquel combate golpes maestros y peripecias que hubieran pasado inadvertidas para quien no fuese inteligente.

El anciano, después que se puso en guardia, tiró sus primeros golpes según la escuela española.

Viendo el principe que su adversario estaba siempre cubierto y que la punta de su espada le amenazaba constantemente, determinó mudar de táctica y acometer á su enemigo según la escuela francesa.

Pero el anciano inmediatamente comenzó á tirar y á cubrirse por el mismo método.

Por último, después de largo rato el misterioso personaje se tiró á fondo, y haciendo un círculo, agitó la hoja de su espada, flexible como una serpiente, enredó el acero de su enemigo, y lo dejó desarmado.

El virey, durante algunos momentos, quedó inmóvil de ira y de vergüenza. El principe estaba dotado de una voluntad de hierro y de orgullo indomable, y por lo tanto sufrió la humillación más cruel al verse, joven y diestro, vencido por un anciano.

Este pensamiento le roía las entrañas y le enloquecía de vergüenza y desesperación. El anciano, con una sonrisa de soberano desprecio, envainó su espada, y con un gesto indicó á su adversario que podía tomar su acero, que había saltado á tres pasos de distancia.

Eatonces el virey, cruelmente ofendido por un ademán tan desdenoso, fuera de sí de cólera, se precipitó sobre el anciano y á brazo partido trató una lucha desesperada, en la cual, según sus intentos y bríos, creía vencer y ahogar á su adversario.

Pero el vigoroso anciano abrió sus membrados brazos, y recojiendo su respiración, estrechó al virey con tanta pujanza, que el amante de Leonor lanzó un grito ahogado, estendió los brazos, y cayó jadeante en el suelo, fijando una mirada de terror en su enemigo, al cual creyó un ser sobrenatural, no pudiendo persuadirse que un hombre con los cabellos blancos le aventajase tan notablemente en vigor y en destreza.

En seguida el incógnito personaje tocó un silbato, y al punto acudieron cuatro hombres, que no parecía sino que habían sido evocados por el conjuro de un mago.

El anciano caballero, con acento breve é imperioso, les dijo: —Apoderaos de ese hombre, atadlo, y vendadle los ojos.

Inmediatamente los cuatro servidores se arrojaron sobre el principe, y según la orden del anciano, le vendaron los ojos después de haberle maniatado.

Luego el misterioso caballero cabalgó en su troton, llevándose á la hermosa joven, que con la cabeza inclinada aun por su desvanecimiento y con su blanco traje parecía una azucena doblada sobre su tallo por el huracán. El anciano, por más que se hubiese atligido por el encuentro de Leonor y de su amante, no esperantaba, sin embargo, ningun sentimiento de rencor hacia la hermosa virgen. Por el contrario, sus ojos se fijaban sobre ella con una expresión de ternura infinita, si bien es cierto que profesa un odio implacable al virey.

Después de una media hora de camino, el anciano penetró por un parque plantado de frondosos álamos y corpulentos nogales.

Al fin se detuvo delante de una tapia tan alta, que verdaderamente merecía el nombre de muralla. La senda que había seguido el caballero conducía rectamente á una elevada puerta, que se abrió por una mano invisible, apenas el anciano detuvo el paso de su cabalgadura.

Indudablemente alguno estaba esperando la llegada del incógnito personaje, que continuó su camino por un sendero flanqueado en altos cipreses, y atravesó un inmenso patio hasta llegar

al vestíbulo del edificio, que aunque campestre, no carecía de cierto sello de suntuosidad y de buen gusto.

Allí echó pié á tierra el anciano, y al punto salió un palafrenero que condujo el corcel á la caballeriza.

Luego el anciano, á quien por ahora llamaremos sir Roberto, mandó conducir á Leonor á su estancia.

Jamás se ha podido ver reunida la utilidad con el delirio en tan alto grado como lo estaba en aquella quinta misteriosa. Allí competía la naturaleza con el arte; pero no se entienda que en esta lucha el arte y la naturaleza estuviesen reñidos. Al contrario, se hallaban armonizados de una manera admirable los encantos de la vida campestre con los multiplicados atractivos de la vida de las ciudades. Allí la naturaleza física se ostentaba por todas partes dirigida, dominada y embellecida por la actividad creadora de la naturaleza humana.

En el jardín, plantas y árboles ostentaban en agradable y útil combinación flores y frutos, y por decirlo así, veíase el sello brillante de la imaginación del hombre sobre las galanas pompas de la naturaleza.

En las habitaciones penetraba por todas partes la luz del sol y el aroma de los campos y el canto de las aves, al mismo tiempo que los rayos solares se reflejaban en magníficas lunas de Venecia, y el aroma de los bosques se confundía con las riquísimas esencias del Oriente, y el canto de las aves del aire se confundía con el de los ruiseñores, cañandrias y canarios que en doradas jaulas fiaban al viento las quejas que sin cesar exhalaban como tristes prisioneros.

Y al lado del jardín estaba la biblioteca, de modo que podía disfrutarse del aspecto de la primavera saboreando las revelaciones del genio.

Diríase que el dueño de aquella quinta, considerando que el hombre de la naturaleza es demasiado imperfecto, si exclusivamente vive en la atmósfera de las sociedades primitivas, y considerando que el hombre de las ciudades se encuentra también muy lejos de la perfección y de la felicidad, si exclusivamente vive en la atmósfera corrompida de mezquinos intereses, ó tal vez ocupado en las trivialidades é inepcias tan frecuentes en las grandes poblaciones; diríase, pues, que el discreto anciano se había propuesto la sabia resolución de armonizar estos dos elementos discordantes, reuniendo en una unidad armónica y feliz la vida del campo y la vida de la ciudad, los encantos de la naturaleza y los goceos de la civilización, la vida total del espíritu humano en la sociedad y en el mundo, en la realidad y en el arte.

No sería posible encontrar en ningún palacio de la ciudad más populosa un gusto más esquisito ni un lujo más sorprendente que el que se advertía en la mágica mansion del cuáquero.

La industria había llevado allí todos sus tributos, y el arte habia depositado todas sus creaciones.

En todos los aposentos, en las galerías y en las techumbres, veíanse magníficos lienzos, estatuas bellísimas ó pinturas al fresco.

Doña Leonor fué conducida, como hemos dicho, á su estancia, en donde al punto se presentaron varias jóvenes ricamente vestidas que estaban al servicio de la triste amante del virey.

Sir Roberto cambió algunas palabras con la que tenía más edad de las servidoras de doña Leonor, y que era una especie de dueña ó aya, que sin duda merecía la íntima confianza del anciano, á cuyas indicaciones respondía con marcados signos de asentimiento.

Antes de que doña Leonor hubiese recobrado completamente sus sentidos, el aya mandó á las doncellas que se retirasen, manifestándoles que ella avisaría en caso de que sobreviniese algun peligro.

Desde luego se comprenderá que las doncellas fueron alejadas del aposento por indicación del anciano.

Al fin doña Leonor, lentamente y como quien despierta de un pesado y prolongado sueño, abrió los ojos y pasó en torno suyo una mirada vagarosa.

En seguida exhaló un profundo suspiro y exclamó: —¿Dios mío! ¿En dónde estoy?

—Aquí, Leonor querida, aquí á mi lado, libre de todo riesgo, dijo el anciano con una expresión de inmensa ternura.

—¿Ah señor! exclamó la hermosa dama cubriéndose el rostro con ambas manos. ¡Perdonadme, señor, perdonadme!

—¿Y has podido ni por un momento dudar de que yo te perdonaría de mil amores? ¿No llegarás tú á comprender nunca que yo te amo como un padre cariñoso?

—Es verdad, sir Roberto, es verdad. No hay en el mundo quien tenga un corazón tan noble y tan elevado como el vuestro; pero tambien debo decirlos para tranquilizaros que aun cuando es cierto que yo... no quiero mentir, señor, que aun cuando es cierto que yo te amo, no por eso he traspasado los límites de mi decoro....

—Lo sé tú, Leonor, y es inútil que te empeñes en referirme cosas de las cuales yo estoy tan bien ó mejor enterado que tú misma.

—¿Y cómo habeis podido saber?...